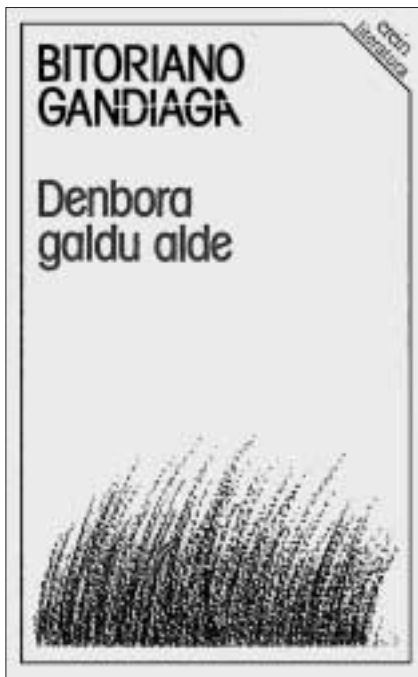


José Fernández de la Sota



Perro perdido

Yo seré pronto (antes
de que ni tú ni yo nos demos cuenta) él.
Me veo entre la niebla y no me veo,
me ves y no me ves. Lejos avisto
su alta silueta lenta. Mírale:
yo soy él, tú eres tú,
ninguno sabe
nada del otro aún. No temas,
dame
tu mano blanca, toma
mi mano ciega,
buscaremos juntos
entre los taxis y los anaqueles
inalcanzables de los hipermercados,
entre las cuatro paredes de esta casa
que nadie ha levantado,
entre los árboles cuya semilla
nadie ha enterrado aún,
entre los aligustres del jardín que no has visto,
dentro del laberinto, entre la lluvia,
a través de la niebla buscaremos,
venceremos al miedo, con tus ojos
encontraremos juntos
al perro extraviado de nuestras esperanzas.

Olvidador

Mejor no recordar aquellos días,
no tenerlos presentes,
amputarlos igual que los soldados
en las guerras se taján el dedo índice
para no disparar ni ellos ser blanco
de balas enemigas.

Desde el buque fantasma

Sombras vanas, vislumbres
como mucho, reflejos
de espejos en espejos.
Ya has pasado
el ecuador del viaje
y no ves nada, sombras
vanas, vislumbres de otras naves.

Esos mismos caminos me acercarán a la
muerte.

Me iré en silencio,/ ¿y quién se percatará/
de mi muerte,/ si casi nadie sabe/ que he
vivido?.

Putas del mundo

Son las pequeñas putas del ancho mundo,
oscuras, amarillas, ya no son tus hermanas,
son más pequeñas hoy que tus hermanas
(tus hermanas murieron, se casaron,
enviudaron tal vez, languidecieron), no,
éstas son más pequeñas, diminutas
vasijas precolombinas, hondos
cuencos de greda, porcelanas chinas,
negras figuras de ébano, mujeres
a granel de Brasil, dulces cubanas, todas
arracimadas en el mismo barco,
estabuladas en el mismo establo. Nadie
les pregunta su nombre. Nadie quiere
saber de sus historias. Nada importan.
Por eso cada vez son más pequeñas,
más insignificantes estas putas portátiles
que la marea arroja como restos
de carne de un naufragio, como restos
de algún rompecabezas desechado
por algún niño idiota. Estos pedazos
de carne avanzan por las avenidas,
recorren las entrañas de la ciudad en metro,
suben y bajan de los autobuses
(a veces van al médico y hasta paren a veces
-como muñecas rusas- diminutas
hijas de puta negras, amarillas, cobrizas),
van al cine (les gustan las películas románticas)
y pasean sus ojos por los escaparates
y acuden a sus templos imposibles
cada domingo y cantan sus plegarias
en idiomas incógnitos, amasan
panes inconcebibles que se comen y crecen
en la alegría y en la indiferencia,
en la salud y en las enfermedades,
en los burdeles y en las comisarías,
en la esperanza y en el miedo, en todo
lo que no las acaba y alimenta
como un pan principal. Alcanzarán
los portales más altos finalmente.
Crecerán hasta el cielo de la boca
de tus hijos, cuando tú seas viejo y tu alma esté
vacía como un prostíbulo abandonado.

Una vez apartado el algodón/ así como el
alcohol se evapora/ me difuminaré en el
aire,/ de forma inexorable,/ hacia el nido
donde reposan/ las manos del Señor.